

MATERIAL PARA MESA DE EXPERTOS: PRIMERA ETAPA: SOMOS CREADOS, hijos y hermanos.

Martín Descalzo, J. L. (2010). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret I: Los comienzos* (20 a. ed. --). Salamanca: Sígueme.

Subgrupo 1:

II. AMOR DE DIOS, AMOR A DIOS

Y el amor es el centro porque Dios es amor. Esta es, ya lo hemos dicho, la gran revelación de Jesús. No vino a mostrar «otro» Dios, pero sí a descubrirnos su verdadero rostro, el jamás imaginado por los hombres hasta entonces.

Aristóteles —resumiendo todo el pensamiento griego— escribe en su *Ética a Nicómaco* que *no tiene sentido hablar de un amor de los dioses a los hombres, porque los dioses no necesitan de ningún bien para su felicidad. Y, como consecuencia, escribe también en su Ética mayor: sería absurdo que uno pretendiera afirmar que ama a Zeus.*

Esta visión de Dios, que había empezado ya a girar en un antiguo testamento que señala, como primer mandamiento, el «*amarás a Dios con todo tu corazón y toda tu alma*», encuentra su nueva plenitud en la palabra y en la vida de Jesús. Dios, para él, es *el único bueno* (Mc 10, 18), el *Padre amoroso* (Mt 5, 45; 6, 9) que *busca la oveja perdida* (Lc 15, 4-7), porque es un Dios que *busca y acoge lo que se había perdido* (Lc 15, 2).

Pero será san Juan quien profundizará definitivamente en esta «naturaleza» de Dios como Amor. *Y en esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero a nosotros* (1 Jn 4, 10). Los creyentes somos los que *hemos conocido y creído el amor que nos tiene Dios* (4, 16). Porque el amor es lo que constituye la misma esencia de Dios. Y san Juan lo resume en la frase definitiva: *Dios es amor* (4, 8-16). Por eso *el que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios en él* (1 Jn 4, 16).

Mas este amor de Dios no es un amor teórico y abstracto: se realiza en la historia. Se muestra esplendente en la creación del mundo y del hombre. Se mantiene a lo largo de los tiempos en su providencia. Se concretiza cada día en cada hombre y privilegia únicamente a los que más necesitan ese amor: a todos los pobres y desgraciados.

De esta visión de Dios como amor se deduce una infinidad de consecuencias. No puede haber un «culto al Dios del amor» que no sea un culto de amor. Por eso ya Oseas clamaba —y Cristo lo repetirá que este Dios *misericordia quiere y no sacrificios* (Os 6, 6; Mt 9, 13). Y Jesús aún concretará más esta condición esencial de todo culto al Dios verdadero: *Si, al ir a presentar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda.* Porque una ofrenda sin amor a un Dios-Amor no es otra cosa que una blasfemia.

Y para este Dios no hay otra circuncisión salvadora que la *circuncisión del corazón*. Ni hay una celebración del sábado que no pase por ayudar en ese día a quien lo necesita.

Este reconocimiento del Dios que ama es la clave más profunda del misterio, del gozo de la fe. ¿Cómo puede un ser humano sentirse amado por Dios y no ser feliz?

Jesús vivió como nadie este gozo. Lo que hace esplendente la vida del Maestro, lo que le da esa tremenda seguridad que a todos impresionaba, lo que ilumina su muerte, es esta seguridad de saberse amado. Tú —dice en el evangelio de Juan— *me has amado desde antes de la creación del mundo* (Jn 17, 24). Y durante toda su vida luchará porque los suyos se sepan amados, se sientan amados. *Yo estoy en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y para que el mundo sepa que tú me has enviado y les has amado a ellos como me has amado a mí* (Jn 17, 23). Es este amor el objetivo central de la predicación de Jesús: *Y yo les he hecho conocer tu nombre y se lo haré conocer para que el amor con el que me has amado esté en ellos y yo en ellos* (Jn 17, 26). Y todo el amor de Jesús en su vida no es otra cosa que el reflejo de ese amor de Dios al hombre: *Como el Padre me ha amado a mí, así os amo yo a vosotros* (Jn 15, 9).

A este sentirse amado por el Padre, responde Jesús *fiándose del Padre*. Jesús sabe que el mayor pecado del hombre es no fiarse de Dios y sabe que el pecado entró en el mundo porque Adán y Eva no se fiaron de su palabra. Por eso Jesús *reconstruye en su persona la confianza en Dios Padre*. No cederá a las tentaciones del demonio en nombre de *lo que está escrito*. Y rezará así antes de resucitar a Lázaro: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que tú siempre me escuchas, pero lo digo por la gente que me rodea* (Jn 11, 41). Y, aunque parezca que Jesús vive habitualmente solitario, sabe que no lo está: *Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo* (Jn 16, 32). Y se siente acompañado tanto en los momentos de gozo como en los de dolor. Los que le rodean en la cruz le echarán en cara esa su confianza en el Padre: *Ha confiado en Dios; que lo libre ahora si le quiere bien* (Mt 27, 42). Pero Jesús sigue confiando, porque incluso cuando se siente abandonado y clama contra este abandono desde la cruz (Mt 27, 46)— sabe que el Padre sigue estando con él y amándole en medio del dolor y, por eso, añade a continuación: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46).

Con todo ello, Jesús está explicando con obras que al descubrimiento de que Dios es nuestro Padre debe responder el hombre viviendo su filiación, experimentando su filialidad, sabiéndose querido, sintiéndose amado.

Y, como primera consecuencia visible, no siendo esclavo de la preocupación y menos aún de la angustia.

Es extraño: se predica poco esa despreocupación que es una de las características más llamativas de la predicación de Jesús y del espíritu evangélico. Tal vez porque, en este punto, Jesús fue poco «moderno».

Sí, hay en el aire un afán tal de «modernizar» el mensaje de Jesús que cuesta asumir aquellas actitudes en las que Jesús ¿por qué no decirlo? asume posturas radicalmente contrarias a lo que parece típico del que llamamos «espíritu moderno». Una de esas características de nuestro tiempo es la angustia, el ver a los hombres —como enseña Heidegger— como *seres arrojados al mundo, seres para la nada, para la muerte*. El dolor, el sinsentido de la realidad, la sensación del absurdo, se han metido en la médula del hombre contemporáneo. Y, ante ese terrible descubrimiento, el hombre moderno se ha dividido en dos posturas: las de los que piensan que el mundo rueda nadie sabe por qué ni para qué y, consiguientemente, se encierran en la angustia; y la de los que piensan que, como ya sabemos que el mundo es absurdo y no tiene remedio, no hay realmente por qué seguirse preocupando y mejor es practicar el *comamos y bebamos, porque mañana moriremos*.

Pero Jesús no vive en la inquietud, no se autoflagela con el tormento o la angustia. Sabe, se atreve a creer, que el hombre no es *una pasión inútil*, sino que es *un hijo de amor* y que nunca cesará de ser querido. Por eso no incita al temor y al temblor, mucho menos a la angustia —que es radicalmente anticristiana—. Reconoce la existencia del mal y del dolor humanos, pero sabe que éstos serán vencidos y que, un día, entenderemos *el otro lado del tapiz* de cuanto hoy nos parece absurdo e incomprensible.

Por eso predica la despreocupación más absoluta:

No os preocupéis por vuestra vida: qué vais a comer, o qué vais a beber; ni por vuestro cuerpo: con qué lo vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran ni siegan ni recogen en graneros; sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora a su existencia? Y, acerca del vestido ¿por qué os preocupáis? Observad los lirios del campo, cómo crecen; ni se atarean, ni hilan. Pero yo os digo: ni Salomón, en todo su esplendor, se vistió como uno de ellos. Pues, si a la hierba del campo, que hoy existe y mañana se echa al horno, Dios la viste así ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué vamos a comer, o qué vamos a beber, o con qué nos vamos a vestir? —pues todas esas cosas las buscan ansiosamente los paganos—, porque bien sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de ellas. Buscad primero el Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. No os preocupéis por el día de mañana; que el día de mañana traerá su propia preocupación. Bástele a cada día su propio afán (Mt 6, 25-34).

El hombre moderno ha entronizado la «añadidura». Y no se ve por parte alguna que los que se dicen cristianos piensen de manera diferente. Y no es que Cristo invite a la pereza. El acepta el trabajo, vive el trabajo. Pero sabe que el trabajo es sólo un medio. Y no debe convertirse ni en esclavitud, ni en alienación. Porque hay una manera no cristiana de trabajar: creer que todo depende del trabajo y rodearlo de angustia y preocupación. Y hay una manera cristiana de trabajar: la del que sabe que, después de haber aportado sus manos a la tarea, es el Padre quien construye de verdad.

Un cristiano es alguien que trabaja en paz. Que no vive como un atormentado. Y en cuya alma por encima de todo dolor está la alegría de saberse amado. En esto deberían conocer que somos cristianos.

MATERIAL PARA MESA DE EXPERTOS: PRIMERA ETAPA: SOMOS CREADOS, hijos y hermanos.

Martín Descalzo, J. L. (2010). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret I: Los comienzos* (20 a. ed. --.). Salamanca: Sígueme.

Subgrupo 2:

Un Dios que quiere ser amado

No basta con saberse amados, hay que amar. Porque si la primera gran revelación de Jesús es que Dios nos ama, la segunda es que Dios quiere ser amado. Este «deseo de amor» es como la segunda cara de Dios.

Todo el antiguo testamento —en cada una de sus páginas no es otra cosa que la historia de este Dios que *quiere tener relaciones con el hombre*, que no se limitó a crearle y olvidarle, sino que, al crearle, desencadenó una doble dialéctica de amar y ser amado, que va y viene del cielo a la tierra y de la tierra al cielo. A lo largo de toda la Biblia se nos muestra a Dios como un *mendigo de amor*, como un Dios que no soporta no ser amado y que está dispuesto a todo incluso a la encarnación de su Hijo primogénito— para reconquistar el amor perdido por el pecado. Por eso su primer y central mandamiento es ese: *Amarás a Dios con todo tu corazón y toda tu alma*.

Ese amor «de vuelta» se realiza en el nuevo testamento por tres caminos: por la fe, la oración y la obediencia.

¿Qué es la fe para Jesús? el evangelio nos explica, primero, que *no* es la fe. Con duras palabras reprende Jesús a los que le rodean y les llama *generación incrédula y perversa* (Mt 17, 17; 12, 39; 16, 4). ¿Por qué? Los judíos contemporáneos de Jesús creían creer. Pronunciaban dos veces cada día la confesión de la fe judía: *Escucha Israel, sólo hay un Dios y ningún otro fuera de él*. Pero Jesús les llama incrédulos porque eso lo dicen sólo con la boca y se puede formular constantemente la profesión de fe y ser incrédulo. La fe no está en palabras.

Tal vez el lugar en que Jesús nos explica mejor lo que, para él, es la fe, sea la narración de Pedro caminando sobre el mar (Mt 14, 28-31). Una noche, los discípulos navegan por el lago de Genesaret. Y, cuando ya están fatigados, en la cuarta vigilia, se les aparece Jesús. Los discípulos se asustan y tienen miedo. Le ven y no le ven. Le ven y no le reconocen. Pero, a invitación de Jesús, Pedro se baja de la barca y se lanza al abismo inquietante.

La fe empuja al creyente a descender a un terreno en el que no hace pie. La fe no es suponer que el agua puede sostenernos. Es atreverse a creer en una palabra que invita, y apostar por una realidad que se juzga más real que la misma realidad visible. No es apostar por la irrealidad. Es apostar por *otra realidad más sólida* que el agua. Es la opción audaz en favor de una palabra que promete y que lo hace en medio de un mundo amenazante.

Y, como la fe es débil, no excluye los miedos ni los gritos de petición de socorro. En momentos, incluso con fe, parece que la realidad visible fuera más dura y que se resquebrajara esa palabra prometedora. Pero la fe es un modelo de existencia que camina entre miedos y dudas, pero que ella misma no es ni miedo ni dudas. La fe, en definitiva, para Jesús es la convicción de que

Dios está siempre cerca, más de lo que aparenta y sentimos; y que está cerca, con sólo que el hombre esté dispuesto a convertirse a él. Dios es el rico todopoderoso que sólo precisa que el hombre se deje obsequiar.

Por eso la fe es, de algún modo, omnipotente. *Tened fe en Dios* —dice Jesús—. *En verdad os digo que cualquiera que dijera a este monte: quítate de ahí y échate al mar, y lo dijera no vacilando en su corazón, sino creyendo que cuanto dijere se ha de hacer, así se hará. Todo es posible para el que cree* (Mc 11, 23; 9, 23).

¿Estamos en el mundo de la locura? Estamos, al menos, en el mundo de lo sobrehumano. Estamos en el mundo de la omnipotencia del amor, que es Dios. Porque esta fe es más que humana. Sólo podemos vivirla «en Cristo». Creer, en definitiva, es abrirse a la acción salvadora de Dios que ha acontecido en Cristo. Porque *fe es la confianza que tenemos en Dios por Cristo* (2 Cor 3, 4). Esta confianza total es el primer paso imprescindible de todo amor a Dios.

La oración

Esta fe tiene una expresión: el diálogo amoroso, la oración. Hoy — ¿por qué negarlo?— vivimos en una crisis de oración. ¿No es —dice un mundo secularizado— una pérdida de tiempo? Aun cuando alguien nos escuchase al otro lado ¿no es preferible gastar la vida en la acción, en la lucha por mejorar el mundo? Y, entre los mismos cristianos, se ha difundido un extraño sofisma: del hecho —real y verdadero de que todo trabajo puede ser oración, han deducido algunos que no hay otra oración verdadera más que el trabajo. El ídolo de la eficacia (y de la eficacia tangible) se ha adueñado del hombre y, como muchos comprueban o creen comprobar que no son «mejores» por oír misa o rezar, concluyen que deben abandonar ese camino. Tal vez porque durante mucho tiempo se predicó una *oración sin historia* (una oración que no influía ni iluminaba la vida), los secularistas creyeron que podrían y deberían levantar una *historia sin oración*. Para completar el círculo, acudieron a los tópicos de siempre: la oración era «alienante», alejaba de la lucha, era un puro consuelo «interior»: habría que abandonarla para volcar la fe exclusivamente en «la praxis». Y podría, cuando más, «tolerarse» la oración comunitaria, más por lo que tenía de comunitaria que de oración. La misa se cambió en asamblea; en una asamblea que, teóricamente, era «del pueblo de Dios», pero que, realmente, era sólo del pueblo con minúscula. Dios se había ido. Y a veces todo esto se camuflaba con el calificativo de «evangélico».

Pero el evangelio es testimonio de todo lo contrario. Jesús, en sus enseñanzas y en su vida, es, ante todo, un orante. Recojamos cuatro testimonios:

Para el recogimiento fervoroso de la oración empieza una nueva época con Jesús (Heiler).

La interioridad en sentido personal fue creada propiamente por Jesús (Söderblom).

Jesús es quien ha rezado con más vigor en toda la historia (Wernle). La oración de Jesús en el Huerto es la palabra religiosa más profunda que jamás haya sido pronunciada (Hóffding).

Más ¿qué mejor testimonio que el propio evangelio? Si tuviéramos que recoger aquí todas las citas en que se nos presenta a Jesús orando o hablando de la oración necesitaríamos páginas y páginas. Elijamos sólo algunas:

Habiendo sido Jesús bautizado, y estando en oración, sucedió el abrirse del cielo (Lc 3, 21).

Por la mañana muy de madrugada salió fuera a un lugar solitario, y hacía allí oración (Mc 1, 35).

Mas no dejaba él de retirarse a la soledad y de hacer allí oración (Lc 5, 16). Y, despedidos estos, subió solo a orar en un monte y, entrando la noche, se mantuvo allí solo (Mt 14, 23).

Subió al monte (de la transfiguración) para orar allí (Lc 9, 28).

Por este tiempo se retiró a orar en un monte, pasó toda la noche haciendo oración. Así que fue de día llamó a sus discípulos (Lc 6, 12-13). Esta raza de demonios por ningún medio puede salir, sino a fuerza de oración y de ayuno (Mc 9, 28).

Y tendríamos que citar todos los milagros, antes de los cuales, levanta siempre los ojos al cielo en oración. Y recordar, sobre todo, los tres grandes momentos de oración de Jesús: la oración sacerdotal en la última cena; la del Huerto de los olivos; y sus siete palabras en la cruz. Realmente podemos concluir con Cabodevilla que *la vida entera de Jesús fue vida de oración: o hablaba al Padre, o hablaba del Padre.*

Pero ¿cómo es la oración de Jesús? Respondamos primero, negativamente, diciendo cómo *no* es la oración, cuáles son las formas de oración que Jesús rechaza:

- a. Rechaza la oración del fariseo que, más que un diálogo con el Dios del amor, es una simple autoafirmación del «yo» egoísta y está, por ello, viciada en su misma raíz. Es por eso una oración que separa, una oración de autoengaño narcisista. Es una oración que no parte de lo fundamental: el reconocimiento de la propia pobreza ante Dios.
- b. Rechaza las oraciones de los que multiplican las palabras, con una mecánica y mágica repetición palabrera de las fórmulas. Esta es la oración de los paganos que querían, con ella, *fatigar a los dioses.*
- c. Rechaza la oración egocéntrica de quienes olvidan que la oración pasa por la voluntad de Dios y se somete a ella. De quienes no recuerdan que *el Padre ya sabe lo que necesitan* e intentan, no someterse ellos a los deseos de Dios, sino doblegar esta voluntad de Dios adaptándola al capricho del hombre.
- d. Rechaza la oración de los que, para entrar en el reino de los cielos, *dicen «Señor, Señor», pero no hacen* la voluntad del Padre que está en los cielos. Rechaza la oración desprendida de la vida, que se vuelve, con ello, vana y verdaderamente alienante.
- e. Rechaza la comercialización de la oración, la de quienes quieren hacer de sus plegarias mercancías, un *«do ut des»* y convierten, así, la casa de oración en *cueva de bandidos.*

Resumiendo —con palabras de Jon Sobrino—: Jesús rechaza *los falseamientos típicos de la oración: narcisismo espiritual, hipocresía, palabrería, instrumentalización espiritualista alienante, instrumentalización opresora, mixtificación de la sensibilidad o de la sensiblería.*

¿Cómo es, en cambio, la oración de Jesús? Repasando el evangelio nos encontramos tres niveles en la plegaria de Cristo:

- a. En un primer nivel nos encontramos a Jesús asumiendo la oración propia del pueblo judío. Jesús bendice la mesa como era típico entre sus compatriotas (Mt 14, 19; 15, 36; 26, 26); observa el culto sabático y ora junto a la comunidad (Lc 4, 16); conoce y practica los tres ratos de oración prescrita para todos los judíos; es reconocido por la multitud como un «judío piadoso».
- b. En un segundo nivel encontramos a Jesús rezando siempre ante todo momento histórico importante en su vida: antes del bautismo, al ir a elegir a sus apóstoles, al enseñar el padrenuestro, antes de cada milagro, en las horas decisivas ante su pasión.
- c. Pero el nivel decisivo de la oración de Jesús es el que impregna su vida toda, cuando Jesús «ora por orar» o cuando muestra que *toda* su vida es una *convivencia* con el Padre. Aquí descubrimos ya un dato fundamentalísimo: la oración que vive Jesús no es un contacto teórico

con una divinidad teórica, sino una verdadera convivencia con el Dios-Padre con quien forma una total unidad. Aquí descubrimos el que es *el meollo de la oración verdadera de Jesús* — como señala Karl Adam—: *la afirmación incondicional de la voluntad divina. Una oración que se inhibiera de cumplir esa voluntad y se encaminara sólo hacia algo personal, o quisiera torcer violentamente la voluntad clara, manifiesta de Dios, o esquivarla, no estaría a la altura de la oración de Jesús.*

Lógicamente esta oración es gozosa. Porque para Jesús -escribe el P. Congar *orar es comulgar con la alegría, la sumisión, la acción de gracias, en este misterio de Dios en sí mismo y en nosotros; es comulgar con la fuente i iica y ofrecerse, tanto para acoger lo que esa fuente nos brinda, como para ser, si Dios lo quiere, los transmisores de lo que destina a otros y aun al mundo entero.*

Por eso la oración de Jesús —aun cuando gustaba de orar solo era la oración de todo el pueblo de Dios e, incluso, la oración del mundo entero. En su oración se resumen los *gemidos de parto* de la creación entera en espera de la redención (Rom 8, 18-25).

Esta entrada en Dios-Padre no es, no puede ser alienante. Así lo confiesa el propio Gustavo Gutiérrez:

La oración es una experiencia de gratuidad. Ese acto «ocioso», ese tiempo «desperdiciado» nos recuerda que el Señor está más allá de las categorías de lo útil y lo inútil. Dios no es de este mundo. La gratuidad de su don, creadora de necesidades más profundas, nos libera de toda alienación religiosa y, en última instancia, de toda alienación.

Porque la oración de Jesús, y la del cristiano, no es una fuga. Ni una fuga hacia adelante, ni hacia atrás. Es una profundización en lo sustancial, un encuentro con lo radical, un «paso» de Dios por nuestra alma que nos despoja, nos desnuda y nos descubre el último y más verdadero rostro de la realidad total.

MATERIAL PARA MESA DE EXPERTOS: PRIMERA ETAPA: SOMOS CREADOS, hijos y hermanos.

Martín Descalzo, J. L. (2010). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret I: Los comienzos* (20 a. ed. --.). Salamanca: Sígueme.

Subgrupo 3:

La obediencia amorosa

Tendremos que dar —después de la fe y la oración un paso más. Porque a Dios no se le ama sólo en la actividad interior. El verdadero amor a Dios tiene que mostrarse en *toda* la vida. Y aquí debemos dar el paso decisivo sobre las relaciones de Jesús con su Padre.

Y de nuevo volvemos a encontrarnos en otro apartado en el que hay que decir que Cristo es radicalmente «antimoderno». ¿Acaso hay alguna palabra que repugne tanto al hombre contemporáneo como la palabra «obediencia»? Nuestro orgullo de hombres del siglo XX parece consistir en habernos liberado de todos los yugos, en poder proclamarnos retóricamente libres. ¿Libres? ¿Fue alguna vez el hombre más esclavo? ¿Es libre el parado, el drogadicto, el atado al sexo, el uncido en la vanidad? Pero ya hay quienes, como sólo «obedecen» a su capricho, se creen que no obedecen a nadie. Sin descubrir que no hay amo más esclavizador.

Jesús, que fue un hombre libre, el más libre de toda la historia —de ello hablaremos más tarde—, supo, sin embargo, que realizaba esa libertad apostando sin vacilaciones por la obediencia. Precisamente porque esa obediencia que elegía no era la obediencia del siervo, sino la del hijo, la del enamorado.

En el primer volumen de esta obra se dedicó ya un capítulo entero a subrayar cómo una de las notas más características de la personalidad de Jesús fue su condición de «enviado». Lo recordaremos sólo aquí en breves líneas. Para reafirmar que nada de la vida de Cristo puede comprenderse si se olvida que él entendió su existencia como la de un embajador que actúa con las cartas marcadas: alguien que tenía que realizar una misión que su Padre había dibujado en todos sus detalles. Fue libre porque la asumió voluntariamente. Fue obediente porque jamás se salió del cauce señalado.

Por ello hay que afirmar, sin rodeos ni distinciones, que la vida del cristiano o es centralmente obediencia a la voluntad de Dios, o no es vida cristiana. Seguir a Jesús es vivir como él: avizorando constantemente —a través de los acontecimientos, de la palabra de Dios, de la conciencia qué es lo que el Padre quiere de nosotros en cada momento. El amor que no se concreta en esta búsqueda, es sentimentalismo amoroso, no amor.

El amor a un Dios que se nos ha mostrado en Jesús

Y aquí podríamos cerrar el que suele llamarse «apartado vertical del amor cristiano», en contraposición del «apartado horizontal» del amor al hombre. Pero, si el amor del cristiano a Dios no puede ser más que amor «en» Jesús, si ese Dios al que se ama se ha hecho realmente hombre ¿hasta dónde ese amor es ya vertical y desde dónde horizontal?

El hecho de que Dios, nuestro Dios, se nos haya mostrado en Jesús, condiciona sustancialmente nuestro amor a él. Al amar a Dios ya no amamos a una divinidad abstracta, amamos al Dios que *es nuestro hermano*, amamos en él también a la humanidad que en él consigue su pleno cumplimiento.

Se ha insistido mucho en la unión de los dos amores, a Dios y al hombre. Pero con frecuencia se apoya esta unión en factores externos. Mas, a la luz de la encarnación, no sólo no pueden ya contraponerse los dos amores, inseparables: se trata ya de un único amor o, si se prefiere, de dos formas de un solo amor.

Tras la venida de Jesús ya no se puede amar a Dios sin amar, por ello mismo, al hombre. Los intereses de Dios y del género humano no son ya separables. Dios ha «invertido» a su hijo en el negocio y la aventura humana. Es accionista. Por esa «acción» definitiva que es la encarnación de Dios. Esta encarnación es el modelo visible del diálogo de amor entre Dios y los hombres. Y toda fe, toda oración, todo amor que no esté «calcado» de la convivencia entre Dios y el hombre que se realiza en Cristo, no son ni fe, ni oración, ni amor cristianos. Ese es el gran «misterio» de nuestro amor a Dios.

III. AMOR AL HOMBRE

Aquí tendremos que comenzar formulándonos una pregunta radical: ¿qué es el hombre para Jesús? Según su doctrina ¿qué debe hacer el hombre para ser verdaderamente hombre? ¿Cuáles son los valores que sostienen la condición humana y cuáles los que la destruyen?

Si se me permite anticipar una respuesta provisional comenzaré diciendo que, para Jesús, el hombre es un ser cuya grandeza consiste en su apertura y entrega (a Dios y a sus hermanos) y cuya destrucción proviene del autoenclaustramiento en su propio egoísmo. Para él, ser hombre es amar.

Pero, si nos acercamos a los evangelios, comenzaremos descubriendo que no hay en ellos una antropología teórica. Que Jesús no ofrece una filosofía sobre el hombre. Su planteamiento es histórico: se limita a ver y descubrir al hombre como es y a señalar lo que podría llegar a ser. Desde un punto de vista conceptual, Jesús es simplemente un heredero y un seguidor de la visión del hombre que es propia del antiguo testamento (y concretamente de los profetas) y su gran aportación personal está en haber ofrecido, en su propia persona, el modelo ideal y perfecto de ese hombre nuevo que será el habitante de ese reino de Dios que él anuncia. Por ello, la visión que Jesús tiene del hombre no puede encasillarse ni en un optimismo ingenuo («el hombre es bueno; es la sociedad quien lo corrompe»), ni en un pesimismo desesperado («el hombre es un animal para la muerte y su vida es un sinsentido»). Más bien podría definirse por la suma de tres coordenadas:

- un optimismo radical y original
- mitigado por un realismo histórico
- e iluminado por una esperanza escatológica.

Intentaremos analizar el proceso de estas tres coordenadas en el pensamiento del Maestro.

Jesús recibe del antiguo testamento un original optimismo metafísico: el hombre ha sido creado por Dios, ha sido creado por amor, ha sido hecho a imagen de Dios, y el Creador vio, después de ponerle en el mundo, que el hombre era bueno.

Esta visión serena de la naturaleza original del hombre se respira en todo el evangelio. Sólo Dios es el autor de la vida del hombre, sólo él podría quitársela (Mt 10, 28). Este Dios, de hecho, está cuidando del hombre y de su vida, que, por eso, vale más que la del resto del mundo, que la de las flores o los pájaros (Mt 6, 25-32). Este Dios hace llover sobre los hombres, aunque estos sean malos y pecadores (Mt 5, 45). Por eso los hombres no deben vivir acojados como hacen los gentiles que no creen, pues Dios sabe muy bien lo que necesitan (Mt 6, 32). Y esta grandeza del hombre es tal que todo está subordinado a él: el mismo sábado, el mismo culto, es inferior a él y se dirige a su perfeccionamiento como hombre (Mt 12, 12; Mc 2, 27).

Pero la verdadera, la definitiva grandeza del hombre está en la apertura de su alma. Creado a imagen de un Dios que es amor y apertura, también el hombre es apertura y amor. El hombre no puede ser entendido en una visión individualista cerrada, el hombre es sustancialmente —y esto es lo mejor de su alma— *relación*, relación con Dios, con los demás.

Es urgente subrayar que hay que partir de este principio porque todo el pensamiento moderno —en esto radicalmente anticristiano ha venido a acentuar indebidamente la individualidad del hombre, igualándola a la soledad frente a sí mismo, frente al mundo y frente a Dios. La acentuación de la subjetividad y de la autonomía del hombre, la reivindicación arisca de la libertad individual parece comprensible como defensa frente a los poderes exteriores, contra las diversas formas de dictadura que en las últimas décadas han querido invadir el interior de la persona.

Pero esta conquista de la libertad personal —que es legítima y necesaria— ha ocultado con frecuencia la otra zona sustancial del hombre y ha condenado al hombre moderno a una soledad metafísica en la que ya no se comprende a sí mismo y que no tiene otra desembocadura que la angustia.

Prosigue González de Cardedal:

Ese planteamiento junto a legítimas conquistas, ha arrastrado consigo trágicas sombras en la comprensión del hombre. Le han hecho comprenderse no desde la relación, la comunidad, la solidaridad y la entrega al otro, que es donde realmente la vida humana puede llegar a realizar sus ideales más profundos: la comunicación en la reciprocidad, la compañía en la aceptación mutua, la superación del egoísmo por el ejercicio del amor absolutamente gratuito, la responsabilización de las tareas colectivas. No se es libre sin los otros, o contra los otros, sino con los otros y a favor de los otros.

Esta visión del hombre como apertura, como relación —como amor, en definitiva es una de las claves del pensamiento de toda la Biblia y de Jesús en torno a la condición humana.

Escribe Bernhard Anderson:

Para la concepción bíblica el hombre es verdaderamente una persona sólo cuando se encuentra dentro de una comunidad, en relación con Dios y con su prójimo. Cuando el hombre se aleja de la comunidad —como Caín en su exilio— el hombre sufre una soledad y una miseria extremas.

El hombre bíblico consigue el equilibrio entre la personalidad individual y la comunitaria del hombre. El hombre es —como individuo— responsable de su vida y de sus obras. Pero deberá vivir esa vida «abierto» a la trascendencia y a la fraternidad.

En Jesús se encuentra la perfección de este equilibrio.

El hombre es, ante todo, apertura, relación con Dios. Jesús no vacila en recordar que el hombre es siervo de Dios y que en esta servidumbre está su mayor título de nobleza. En sus parábolas, reiteradamente se señala esta necesidad de relación de dependencia con Dios (Mt 13, 27; 18, 23; 24, 45; 25, 14; Lc 12, 37). Y, siguiendo su doctrina, los primeros cristianos no vacilan en reconocerse y llamarse a sí mismos «siervos de Dios» (Hech 4, 29; Tit 1, 1; Sant 1, 1; 1 Pe 2, 16).

Pero esta servidumbre no es esclavitud, porque el señorío de Dios no es ni arbitrario, ni violento. El hombre depende de él como un hijo de su Padre y esta filiación le enriquece en lugar de encadenarle (Mt 5, 16; 6, 1; 5, 48; 6, 9; 6, 32; 7, 11). De ahí que el hombre es tanto más hombre cuanto más se abre hacia la realidad del sobrenatural.

El hombre es, después, apertura a la fraternidad. Y hay que subrayar que el amor, en Cristo, *no es una condición para que el hombre sea bueno, sino para que sea hombre*. En Jesús, el hombre que ama se humaniza, el que odia se deshumaniza. Recordemos aquel texto tremendo de san Mateo: *Amad a vuestros enemigos para que seáis hijos de vuestro Padre celestial* (Mt 5, 44). Es decir: el que no ama no es que sea un mal hijo, un mal hombre, es que *no es hijo, no es hombre*. El que odia se degrada, entra en «otra» humanidad. *Quien odia al hermano pertenece al reino del demonio* (1 Jn 3, 10), en cambio, quien le ama *camina en el reino de la luz* (2, 10) y *de la vida* (3, 14). Es decir, quien no ama está muerto, no es verdaderamente hombre. Y *es un mentiroso* (1 Jn 4, 20).

Por eso el primer y el segundo mandamiento son *amarás* a Dios y al hombre (Mc 12, 29-31). El prójimo no es un añadido para el hombre. Su alma se mide por su apertura al prójimo (Lc 10, 29).

MATERIAL PARA MESA DE EXPERTOS: PRIMERA ETAPA: SOMOS CREADOS, hijos y hermanos.

Martín Descalzo, J. L. (2010). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret I: Los comienzos* (20 a. ed. --.). Salamanca: Sígueme.

Subgrupo 4:

La gran apuesta

Pero, si el hombre *es relación*, también *es libertad*. Y aquí entramos en la segunda coordenada de la visión de Cristo. Porque, junto a esa primera nota de optimismo metafísico sobre la bondad natural del hombre, recibida en la creación, hay, en todo el pensamiento de Cristo, una nota preocupada de realismo histórico. El hombre que «puede» ser un hombre abierto, «puede» también ser un hombre cerrado y, de hecho, lo es en una grandísima parte de la condición humana.

Añade también González de Cardedal:

El creyente reconoce el otro polo de la historia. En ella lucha no sólo lo que Dios puso en marcha desde el origen, sino lo que el hombre introduce a lo largo de la historia: bien y mal, luz y tinieblas, libertad curvada sobre el hombre como si él fuera el único y supremo centro de la realidad y libertad abierta al Origen y entregada al prójimo. En el destino de Cristo aparece en luz suprema el drama de la historia como drama de la libertad del hombre acosando al Revelador de Dios hasta llevarle a la muerte.

Esta presencia del «realismo histórico» impresiona en los evangelios. Jesús no tiene una visión utópica e idealista del hombre. Sabe lo que tiene de grandeza en su alma, pero sabe también cuántas veces, de hecho, pisotea o malgasta esa grandeza.

Y aquí podríamos hablar casi del «pesimismo» con el que Jesús ve la realidad de los hombres que le rodean. No vacila en repetir varias veces, sin atenuantes y generalizando, que *vosotros sois malos* (Mt 7, 11; Lc 11, 13); que quienes le rodean son una *generación adúltera y perversa* (Mc 8, 38; 9, 19); sin olvidarnos del más terrible de los textos en que se habla de la visión que Jesús tiene de los hombres reales: tras los primeros milagros de Cristo, algunos creen en él, pero el evangelista apostilla con frase vertiginosa: *Pero Jesús no se fiaba de ellos porque los conocía a todos. Y no tenía necesidad de que nadie diera testimonio del hombre, porque él conocía lo que hay en el hombre (o, como dicen otras versiones: porque él conocía al hombre por dentro)*. No debemos suavizar ingenuamente esta frase pensando que con ella sólo descalifica a los fariseos. Aquí se habla «del hombre», del hombre en cuanto tal. ¿Qué es lo que hay en el hombre, qué conocía Jesús en su interior, para no fiarse de él, ni siquiera cuando dice creer?

Lo que hay en el hombre y Jesús lo conoce muy bien es el pecado, el mal uso del don prodigioso de la libertad. El hombre, que es, por naturaleza, apertura, puede cerrarse. Cerrarse a Dios, cerrarse a sus hermanos. Adorarse a sí mismo. Encastillarse en el egoísmo de su corazón. Y esta es la gran tragedia de la historia, en la que Jesús viene a intervenir.

Porque el hombre puede ser apertura o cerrazón, la vida del hombre es *riesgo, opción, apuesta*. Y este es el tercer concepto central en la antropología de Cristo. Tal vez el concepto más original de Jesús.

A fin de cuentas, *Jesús es centralmente un predicador de la conversión*. No es sólo el anunciador de un Reino. Es el profeta que grita que si el hombre quiere entrar en ese Reino, tiene que cambiar.

El significado principal del mensaje de Jesús debe buscarse en la exigencia de transformación del hombre; no se trata de esperar, sino de hacerse seres nuevos (Machovec).

Pero, probablemente, aún nos falte señalar lo más radical del planteamiento de Jesús: No sólo invita a cambiar. Dice que, de hecho, el hombre *puede* cambiar. El gran mensaje de Jesús es *la reformabilidad del hombre*, no por sí sólo, sino porque la misericordia de Dios le concede el don de entrar en el Reino. La verdadera sustancia del alma del hombre es que tiene capacidad para recibir el don de Dios, su verdadera dimensión constitutiva es su posibilidad de trascenderse a sí mismo.

El hombre no es un ser condenado al mal. El hombre puede evolucionar, cambiar. Y es grande por lo que es —esto ya lo sabíamos por la creación, pero —y éste es el mensaje original de Jesús es mucho más grande por lo que puede llegar a ser. Su capacidad de llegar a ser ciudadano del Reino, su posibilidad de convertirse en hombre nuevo, es la más definitiva de sus grandezas.

Todo el evangelio está lleno de ese grito que invita al hombre a apostar, a superarse, a asumir el riesgo de su propia grandeza, de esa invitación a incorporarse a la «vida». Lo comentaremos ampliamente al hablar de todas las parábolas que hablan de esa vida del hombre como un grano de trigo que puede dar ciento por uno; de ese banquete al que está invitado y al que basta con acudir; de esa red que puede sacarle del mar de la superficie de su vida para conducirlo a la verdadera vida de los «peces que pueden vivir después de pescados». Ese riesgo, esa gran apuesta, es la mayor de las grandezas de la condición humana.

Si el hombre da ese «salto», puede ser las tres grandes cosas que debe ser un hombre:

- a. debe ser *libertad realizada*, gracias a la cual consiga realizar lo que es el sentido último de su existencia.
- b. debe ser *gracia*, yendo, por obra de la misericordia de Dios, mucho más allá de lo que parecía anunciar la piel externa de su naturaleza.
- c. debe ser *comunión*, centrando su vida en el supervalor: el amor como elección voluntaria, tanto referido a Dios como a sus hermanos.

La pedagogía de Jesús

Es absolutamente sorprendente, para su época, el estilo pedagógico con que Jesús forma a los suyos. Muchos de los mejores hallazgos formativos de la ciencia moderna, los empleaba ya él con la más absoluta normalidad.

Les forma, en primer lugar, en grupo. Son muy raros en el evangelio los contactos de persona a persona. Casi nunca conversa Jesús largamente con nadie en privado: con Nicodemo, con la samaritana... Pocas veces más tiene Cristo una conversación que no sea pública. Cree, más bien, en el pequeño grupo al que acepta con todas sus consecuencias. Acepta sus celos y sus tensiones, sus envidias infantiles que les llevan, desde reñir por un puesto mejor o peor en la mesa, hasta ambicionar los lugares privilegiados en el reino de los cielos. *Hubo entre ellos una contienda sobre cuál era el mayor. Y él les dijo: Los reyes de los gentiles los dominan y sus príncipes se llaman bienhechores. No así vosotros, sino que el mayor sea como el menor y el que manda como el que sirve (Le 22, 24).*

Les hace, además, trabajar juntos. Cuando les envía a la misión lo **hacen** de dos en dos. Cuando elige testigos de su triunfo o su dolor, se **lleva** a tres de ellos. Sólo a Judas le da, en la cena, un encargo que debe hacer en solitario: *Lo que tengas que hacer, hazlo pronto* (Jn 13, 27). Porque el pecado es lo único que puede hacerse solo. Por eso quiere que también después de su muerte sigan unidos (Jn 17, 20).

Y les forma en la vida cotidiana. No les arranca del mundo, no les traslada a un invernadero en el que no se contagien del siglo presente. Les deja en los caminos, en sus barcas, entre la masa de la que han de ser fermento.

Y no les aleja del riesgo ni de las tormentas, no pone bajo sus pies una tierra de algodones. Hay en Palestina dos lagos. Uno, el mar Muerto, en permanente calma. No hay en él olas ni tempestades. Es, incluso, casi imposible ahogarse en él, porque el peso específico de su agua salitrosa es superior al del cuerpo humano. El otro, el de Genesaret, cobra todos los años varias vidas humanas, la tempestad surge en él tremenda e inesperada, los vientos le sacuden, sus olas llegan a alcanzar varios metros. Pero los pescadores eligen este segundo para faenar. En el primero no hay jamás una barca porque no hay en él pesca ni rastro de vida. En el segundo el riesgo es compensado con la abundancia de las capturas.

Jesús también eligió para sus apóstoles el lago del riesgo y de la vida. Les anuncia sin rodeos que les envía *como corderos en medio de lobos* (Lc 10, 3). Lucharán, sufrirán, serán perseguidos, morirán violentamente. Serán odiados por su nombre y les perseguirán de ciudad en ciudad (Mt 10, 22).

Insiste en la idea de que la cruz y el fracaso son necesarios para el triunfo final. *Quien no lleva su cruz y me sigue, ese no puede ser mi discípulo* (Lc 14, 27). *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga. Quien quiera salvar su vida la perderá; y quien pierda su vida por mi causa y por el evangelio, la salvará* (Me 8, 34).

En esta pedagogía del riesgo, acepta a veces la audacia absurda. Una noche se acerca hacia sus apóstoles, que reman, caminando sobre las aguas. Y Pedro, el impetuoso, que se ha acostumbrado a esperar imposibles, pide a Jesús que le mande también a él ir andando sobre las aguas. Cristo acepta la loca petición y Pedro se echa al agua. Pronto comienza a hundirse y el miedo se apodera de él. Y se diría que a Cristo le molesta ese naturalísimo terror: *Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?* (Mt 14, 23-33).